

Wolfgang Hermann

PARÍS BERLÍN NUEVA YORK

Transformaciones

PERIFÉRICA



Wolfgang Hermann

PARÍS BERLÍN

NUEVA YORK

TRANSFORMACIONES

TRADUCCIÓN DE JORGE SECA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *Paris Berlin New York. Verwandlungen*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© Limbus Verlag, 2015
© de la traducción, Jorge Seca, 2022
© de esta edición, Editorial Periférica, 2022. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-39-2
DEPÓSITO LEGAL: CC-103-2022
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Colgaba un hielo indescriptible en las vallas, en los troncos de los árboles frutales y en los bordes de los tejados. Los intersticios de diversos tablones se habían hinchado, como si el conjunto hubiera estado envuelto en un montón de materia viscosa que luego se congeló. Algunos arbustos tenían el aspecto de velas enredadas unas en otras o de corales luminosos con un brillo acuoso.

También había un aire vacío de nubes, de color azul tenebroso hasta en las ramas de los árboles.

ADALBERT STIFTER,
Die Mappe meines Urgrossvaters
[El portafolio de mi bisabuelo]

¿Es ésta la misma luna, y es ésta la misma primavera de antaño?

¡Soy, pues, sólo y únicamente yo quien siempre ha seguido siendo el mismo!

ARIWARA NO NARIHIRA

PARÍS

La cantidad de transformaciones por las que pasa una persona. El chico judío regordete caminaba detrás de los rabinos con el Talmud bajo el brazo. Su hermana mayor le había prometido una taza de chocolate caliente y un pastel de chocolate para consolarlo. Mirando al suelo, se limitó a asentir sin levantar la vista. Y no pude menos que pensar en ese chico rollizo con las mejillas sonrosadas que, mientras se comía el pastel, tenía la mirada clavada con avidez en la nata dulce. Yo había sido ese niño en su día, en otra vida, mucho tiempo antes de que... Sí, ¿antes de qué?

Soy el resultado de constantes transformaciones. En apariencia son leves, pues sigo siendo el mismo. El hecho de que mis amigos me reconozcan no es aún ninguna prueba en contra.

Me basta con dejar la rue de Belleville y caminar por la place des Fêtes, que recuerda a las *borgate*

romanas o a los bloques de viviendas de Berlín Oriental, para perder toda idea de mí mismo. Unos pasos más adelante, en los prados del parque Buttes-Chaumont, me sobreviene una sensación muy distinta de irrealidad. «No soy más que el lugar en el que me encuentro.» ¿Es ésta la fórmula de mi transformación? No soy nada más, nada más que el lugar donde estoy: ¿no es eso todo lo que cualquiera podría desear? ¿Acaso no es más que eso? ¿No es ese «estar enteramente en el aquí y en el ahora» el ideal de cualquier discípulo zen hecho realidad? No. Ese estar mío en un lugar es mucho menos que eso. Los lugares por los que paso pasan a través de mí; me colman con su gravedad, con su inercia; me dan el vacío, la mudez o la locuacidad, o, en el peor de los casos, la verborrea, que me deja triste. En el fondo sólo hay dos preguntas: ¿qué son los lugares? y ¿quién soy yo en este, en ese, en aquel lugar? El filósofo Hegel formuló la pregunta acerca del *esto sensible* y consideró que el *esto* no tenía existencia, que se ampliaba en un *esto de aquí, esto de allí* que se repetía eternamente y en todas partes, y por ello lo anuló en su escalafón ascendente del espíritu, que se amplía hacia la historia universal y de cuya *máquina de anulación*, una vez ingresado en ella, no existe escapatoria. La pregunta que me hago yo por el lugar –y por la persona que soy en ese lugar– es,

sin duda, de una índole mucho más liviana. No es una pregunta de filósofo y precisamente por esta razón no tiene respuesta. (Las preguntas de los filósofos son, en su mayoría, preguntas en apariencia que finalmente sólo dan lugar a las respuestas predichas en un argumento circular.)

Una bonita tarde de un lunes de septiembre, a eso de las cinco, un grupo de unos cien judíos ataviados con prendas festivas, cada uno con el Talmud en la mano, descendía por los caminos escarpados del parque Buttes-Chaumont. Cada vez que aquella corriente humana parecía que iba a cortarse, aparecían más hombres de barba cana luciendo sombrero, y los chicos y los adolescentes, la kipá.

Era una festividad judía muy importante, el llamado Día de la Expiación que se deriva del Levítico: «En el décimo día del séptimo mes, debéis ayunar y no realizar ningún trabajo, así sea para el nativo y también para el forastero que habita entre vosotros, pues ese día expiaréis vuestras faltas para purificaros. Volveréis a estar puros de todos vuestros pecados ante el Señor. Para vosotros ese día es un día de descanso completo y de ayuno. Valga esto como una regla fija. El sacerdote que ha sido ungido y consagrado como sacerdote en el lugar de su padre será el encargado de realizar la expiación. Se pondrá las santas vestiduras de

lino. Purificará el santuario consagrado, el tabernáculo de la revelación y el altar; entonces expiará a los sacerdotes y a toda la gente de la comunidad. Esto será para vosotros una ley perpetua: una vez al año, los israelitas serán expiados de todos sus pecados. Y se hizo tal como el Señor había ordenado a Moisés».

Mi primer pensamiento fue para mi país natal, donde –exceptuando algunos lugares recónditos del centro de Viena y de más allá del canal del Danubio– la gente de hoy en día está del todo des acostumbrada a ver judíos.

Y al contemplar a los cien judíos reunidos bajo los árboles para la oración, que mascullaban sus dogmas sin que los transeúntes los molestaran, me pregunté cómo mi propio pueblo, al que ya nadie sabe cómo abordar a causa de su historia, reaccionaría ante semejante reunión pacífica.

Las ciudades en las que he vivido estos últimos años me han transformado. Parece ser que no opongo ninguna resistencia a ellas: les permito que entren por completo dentro de mí y me convierto en lo que la ciudad se convierte dentro de mí. Pienso como se piensa en ellas, estoy triste como se está triste en ellas, camino como se camina en ellas, henchido de sus imágenes, de sus olores, de sus inevitabilidades. «Nunca igual y siempre el

mismo, condenado a llevar conmigo este cuerpo indolente, juguete de los vientos callejeros, desnudo en el corazón frío de la ciudad.» Así pues, ¿es esto lo que constituye mi realidad?

Una corriente de aire atraviesa el interior del restaurante, y una mujer joven se sienta a la mesa contigua. Pide un primer plato, un segundo plato y un postre; se lo sirven todo enseguida y ella se precipita sobre el primer bocado. Primero se come el postre y, sonriendo, me explica que no come durante el día y que por eso está tan hambrienta por las noches. Me dice: «Cada vez que vengo a este restaurante es una fiesta». Tiene una sonrisa hermosa, ligeramente ausente. Tal vez sea por el hambre. Dice: «La gente almuerza al mediodía y por las tardes está cansada y perezosa. Cuando no almuerzo, estoy todo el día llena de energía. Y al atardecer tengo tanta hambre que podría comer por tres». Su mirada es muy insistente. No hago preguntas.

Oigo el arrastre de una silla, alguien arroja una cartera sobre una mesa, y un hombre se sienta en otra mesa cercana. Da unos golpecitos en un vaso con una cuchara y aparece la camarera. Pide los platos del menú con apremio, con gestos que dan a entender que tiene prisa y que él es una de esas personas con derecho a tener prisa. Lleva traje y

corbata. Come con desgana y, sin decir una palabra, parece hacernos responsables a los demás de que la comida no le sepa bien. Por último, coloca los cubiertos en el plato, hace un gesto despectivo con la mano y le retiran el servicio. ¿Por qué anoto estas cosas? Porque durante todo ese tiempo, mientras hablaba con la joven hambrienta y cuando después soportamos en silencio a aquel hombre de negocios insatisfecho, yo era *otra persona*, alguien que se deja llevar por la situación, alguien que participa, se abre, se repliega, se vuelve invisible para hacérselo más fácil a los demás. «Ése soy yo, alguien que participa; nada ni nadie más.» ¿De verdad? Vivimos creyendo ser alguien y que somos –seríamos– más libres si nos armonizáramos con el lugar, con la situación, si –por voluntad propia, por sometimiento– no fuéramos nada más que el lugar, nada más que la situación.

Después, aquella misma tarde, estuve en un puente y dejé que los viandantes me preguntaran por este o por aquel monumento. Solícito, les proporcionaba las indicaciones necesarias y a un grupo de adolescentes ingleses les dibujé un pequeño plano para que pudieran encontrar discotecas y bares en los que ningún turista suele poner un pie. Cuando aquella horda de jóvenes se marchó, me hallaba en el centro del puente y no pude sino reírme de mí mismo. ¿De mí mismo?